

ROLAND TOPOR

El quimérico inquilino



Roland Topor
1987

El quimérico inquilino es la primera novela de Roland Topor, un relato sórdido e inquietante que Roman Polansky llevó al cine y protagonizó con bastante acierto. Es la historia de la progresiva autodestrucción psicológica y física de su protagonista al quedar atrapado en la espiral de la locura y sus terrores. Trelkovsky, un joven parisino correcto y discreto, alquila un apartamento que ha quedado libre en la calle Pyrénées. Poco a poco, las relaciones con los vecinos y su obsesión por la trágica desaparición de la antigua inquilina, le van sumergiéndolo en una pesadilla llena de extrañas visiones, una grotesca trampa que adquiere las precisas dimensiones de un agobiante apartamento. El final inesperado constituye una obra maestra del «tercer acto», un desenlace en el que el autor sugiere la terrible idea de la historia circular, del eterno retorno del tormento. Sobre *El quimérico inquilino*, el prestigioso escritor y guionista John Collier dijo lo siguiente: «Una historia de terror realmente actual, tan estrechamente enrollada sobre sí misma, tan fría, sigilosa y mortal como una serpiente en la cama».

Presentación

La aparición de un libro de Roland Topor es siempre un acontecimiento. *El Quimérico Inquilino* es uno de sus relatos más desconcertantes. Como el resto de sus trabajos, está marcado por la búsqueda de la emoción inmediata que suscita el humor, y por el arrebató que engendra su originalidad, su manera única de estar en el mundo y en el arte. Pero, cualquiera que sea el arrebató que provoque su obra, lo que parece bastante evidente es que el verdadero fermento de su producción es la voluntad de existir por encima de toda norma. Topor no se encuentra cómodo en el seno de ningún grupo (aunque fue surrealista). Su arte demuestra cuán mezquinas y fuera de lugar resultan las consideraciones estéticas de las que tanto se abusa.

Topor crea sin temor, sin contención, es el artista de lo universal: el humor es el puente que se tiende entre la realidad cotidiana y el sueño maravilloso, el horror y la risa, y es el lugar, totalmente libre, en el que las cosas adquieren la forma de nuestros deseos. Este puente es de la misma naturaleza que el que se establece, en el juego del ajedrez, entre estrategia y táctica. El método artístico de Topor le mueve hacia la ciencia y el ajedrez, pues busca la lógica que se esconde tras ellos. Su arte nunca ha dejado de estar vivo, ya que posee la facultad de proyectar luz en medio de la oscuridad. No invita al espectador o al lector a sumirse en el delirio; al contrario: le hace someterse al principio de su arte delirante, fiel al razonable desenfreno de los sentidos. El deseo y el instinto (la voluntad y su arte) inventan y

descubren un mundo nuevo, diferente, que nos sorprende por lo próximo (y sin embargo secreto).

Topor desconcierta e inquieta porque nos revela que el misterio más concreto es el hombre. Topor triunfa, su obra es expuesta, interpretada o traducida en todo el mundo, pero nosotros, que le valoramos como se merece, sabemos que su gloria está todavía por llegar.

FERNANDO ARRABAL

Primera parte
El nuevo inquilino

1

El apartamento

A Trelkovsky le iban a echar a la calle cuando su amigo Simón le habló de un apartamento libre en la calle Pyrénées. Se acercó hasta allí. La portera, arisca, se negó a mostrarle el piso, aunque un billete de mil le hizo cambiar de opinión.

—Sígame —le dijo entonces, sin abandonar su aire gruñón.

Trelkovsky era un joven de unos treinta años, correcto, educado, que detestaba por encima de todo las complicaciones. Se ganaba modestamente la vida, así que la pérdida de su alojamiento constituía una catástrofe para él, pues su salario no le permitía los fastos de la vida de hotel. Tenía, no obstante, algún dinero en la Caja de Ahorros con el que contaba para pagar el traspaso, si no era muy elevado.

El apartamento se componía de dos habitaciones oscuras, sin cocina. La única ventana, en la habitación del fondo, daba a un muro en el que se abría un ventanuco situado justamente frente a ella. Trelkovsky supuso que se trataba del ventanuco de los W.C. del inmueble de al lado. Las paredes estaban recubiertas de un papel pintado amarillento que presentaba en diversas partes grandes manchas de humedad. El techo estaba agrietado en toda su extensión por líneas que se ramificaban como las nervaduras de una hoja. Pequeños trozos de yeso que se habían desprendido crujían bajo los zapatos. En la habitación sin ventana, una chi-

menea de falso mármol encuadraba un aparato de calefacción de gas.

—La inquilina que vivía aquí se tiró por la ventana —explicó la portera, que se había vuelto más comunicativa de pronto—. Venga, se puede ver el lugar donde cayó.

La portera condujo a Trelkovsky a través de un dédalo de muebles diversos hasta la ventana, y le señaló triunfalmente los restos de una marquesina de cristal que había tres pisos más abajo.

—No ha muerto, pero no está mucho mejor. Está en el hospital Saint-Antoine.

—¿Se recuperará?

—No hay cuidado —se sonrió la odiosa mujer—. ¡No se preocupe!

La portera le hizo un guiño.

—Es una extraña historia.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Razonables. Hay, como es lógico, un pequeño incremento por el agua. Toda la instalación es nueva. Antes había que salir a la escalera para conseguir agua corriente. Es el propietario el que ha encargado las obras.

—¿Y los W.C.?

—Justo enfrente. Baje y coja la escalera B. Desde allí puede ver el apartamento. Y viceversa.

Le hizo un guiño obsceno.

—¡Es un paisaje que merece la pena contemplar!

Trelkovsky no estaba encantado. Pero en su situación, el apartamento constituía, a pesar de todo, una ganga.

—¿A cuánto asciende el traspaso?

—A quinientos mil. El alquiler es de quince mil francos al mes.

—Es caro. No podría pagar más de cuatrocientos mil.

—Eso no es cosa mía. Hable con el propietario.

Un guiño más.

—Vaya a verle. No está lejos, vive en el piso de abajo. Bueno, me voy. Es una ocasión que no debe dejar escapar,

no lo olvide.

Trelkovsky la acompañó hasta la puerta del propietario. Llamó. Una anciana con cara desconfiada vino a abrirle.

—No damos nada para los ciegos —soltó rápidamente.

—Se trata del apartamento...

Un brillo ladino iluminó sus ojos.

—¿Qué apartamento?

—El del piso de arriba. ¿Podría ver al señor Zy?

La vieja dejó a Trelkovsky en la puerta. Desde allí pudo escuchar unos cuchicheos. Luego volvió la mujer para decirle que el señor Zy iba a recibirle y le condujo hasta el comedor, donde el señor Zy estaba sentado a la mesa. Se estaba mondando meticulosamente los dientes. Con un dedo le indicó que estaba ocupado. Escarbó en su molar y sacó un resto de carne pinchado en el extremo de una cerilla afilada. Lo examinó atentamente y luego se lo metió en la boca. Sólo entonces se volvió hacia Trelkovsky.

—¿Ha visto usted el apartamento?

—Sí. Precisamente quería discutir las condiciones con usted.

—Quinientos mil, y quince mil al mes.

—Eso es lo que me ha dicho la señora portera. Me gustaría saber si es su último precio, porque no puedo pagar más de cuatrocientos mil.

El propietario adoptó un aire de contrariedad. Durante dos minutos siguió distraídamente con la mirada a la vieja que quitaba la mesa. Parecía acordarse de todo lo que acababa de comer. Por momentos, sacudía la cabeza en señal de aprobación. Finalmente volvió al objeto de la discusión.

—¿La portera le ha dicho lo del agua?

—Sí.

—Es endiabladamente difícil encontrar apartamento en los tiempos que corren. Hay un estudiante que me ha dado la mitad por una sola habitación en el sexto. Y no tiene agua.

Trelkovsky tosió para aclararse la voz; él también estaba contrariado.

—Entiéndame. Yo no trato de menospreciar su apartamento pero, en fin, no tiene cocina. Los W.C. representan igualmente un problema... Suponga que caigo enfermo, cosa que no es habitual en mí, puede creerme; suponga que tengo que ir a hacer mis necesidades en plena noche; la verdad es que no es muy práctico. Por otra parte, aunque sólo pueda pagarle cuatrocientos mil, se los daría al contado.

El propietario le interrumpió.

—No es por el dinero. No voy a ocultárselo, señor...

—Trelkovsky.

—... Trelkovsky, no soy pobre. No necesito su dinero para comer. No, yo alquilo porque tengo un apartamento libre, y que no corra la voz.

—Por supuesto.

—Es una cuestión de principios. No soy un avaro, pero tampoco soy un filántropo. Quinientos mil es el precio. Conozco otros propietarios que pedirían setecientos mil, y estarían en su derecho. Yo quiero quinientos mil, no hay ninguna razón para cobrar menos.

Trelkovsky había seguido la exposición aprobando con la cabeza y con una amplia sonrisa en los labios.

—Por supuesto, señor Zy, comprendo muy bien su punto de vista, lo encuentro muy razonable. Sin embargo... permítame ofrecerle un cigarrillo.

El propietario declinó la oferta.

—... no somos salvajes. Discutiendo, siempre se puede llegar a algún acuerdo. Usted quiere quinientos. Bien. Pero si alguien le da quinientos en tres meses, tres meses es tanto como tres años, ¿cree que eso sería preferible a cuatrocientos de una vez?

—No he dicho eso. Sé mejor que usted que nada vale más que la suma entera, al contado. Lo único que le digo

es que prefiero quinientos mil al contado que cuatrocientos mil al contado.

Trelkovsky encendió su cigarrillo.

—Por supuesto. No es mi intención pretender lo contrario. Sin embargo, tenga a bien considerar que la antigua inquilina aún no ha muerto. ¿Y si regresara? ¿Y si solicitara cambiarse? Sabe perfectamente que, en estos casos, usted no tiene derecho a oponerse a un cambio de piso. En ese caso, no sólo perdería cuatrocientos mil, sino que se quedaría sin nada. Yo, sin embargo, le doy cuatrocientos mil, sin problemas, y todo se arregla amigablemente. Sin perjuicio para usted ni para mí. ¿Puede proponerme algo mejor?

—Usted me habla de una eventualidad que tiene pocas probabilidades de suceder.

—Quizá, pero hay que tenerla en cuenta. Mientras que con los cuatrocientos mil al contado, no hay problemas, no hay complicaciones...

—Bien, dejemos eso a un lado, señor... Trelkovsky. Ya se lo he dicho, eso no es lo más importante para mí. ¿Está usted casado? Perdone que se lo pregunte, es por los niños. Ésta es una casa tranquila, mi mujer y yo somos personas mayores...

—¡No tan mayor, señor Zy!

—Sé lo que digo. Somos personas mayores, no nos gusta el ruido. Por eso debo advertirle, antes que nada, que si está casado, si tiene niños, puede ofrecerme un millón, no acepto.

—Tranquilícese, señor Zy, usted no tendrá ese tipo de molestias conmigo. Soy tranquilo y soltero.

—Por otra parte, ésta no es una casa de citas. Si piensa alquilar el apartamento para recibir amiguitas, prefiero cobrar sólo doscientos mil y dárselo a alguien que esté verdaderamente necesitado.

—Totalmente de acuerdo. Por lo demás no es mi caso. Soy un hombre tranquilo y no me gustan los líos. Usted no tendrá ninguno conmigo.

—No se tome a mal todo lo que pregunto ahora, lo mejor es entenderse primero y vivir después en buena armonía.

—Tiene usted toda la razón, eso es muy natural.

—Entonces comprenderá igualmente que no le será posible tener animales: gatos, perros o cualquier otra bestia.

—No es mi intención.

—Escuche, señor Trelkovsky, ahora no puedo darle la respuesta. En cualquier caso, no hay nada que hablar mientras la antigua inquilina esté viva. Sin embargo usted me cae simpático, tiene aspecto de joven formal. Todo lo que le puedo decir es: vuelva en una semana, entonces estaré en condiciones de informarle.

Trelkovsky se deshizo en agradecimientos antes de despedirse. Al pasar por la portería, la portera le miró con curiosidad, sin hacerle un gesto de reconocimiento, mientras secaba maquinalmente un plato con el delantal.

Ya en la calle, se detuvo a examinar el inmueble. Estaba totalmente iluminado en los pisos superiores por el sol de septiembre, y eso le daba un aspecto casi nuevo y alegre. Buscó la ventana de «su» apartamento, pero recordó que daba al patio.

Todo el quinto piso estaba repintado de rosa y los postigos de amarillo canario. El contraste no era muy sutil, pero la nota de color que ofrecía sonaba alegre. En las ventanas del tercero había todo un parterre de plantas carnosas, y en el cuarto, una rejilla sobrepasaba la barandilla, posiblemente debido a los niños, aunque era poco probable, ya que el propietario no los quería allí. El tejado estaba erizado de chimeneas de todos los tamaños y formas. Un gato, que a buen seguro no pertenecía a ningún vecino, se paseaba por allí. Trelkovsky se solazó imaginando que se encontraba en lugar del gato, y que era a él a quien calentaba el sol plácidamente. Entonces advirtió un leve movimiento en la cortina del segundo, en la casa del propietario, y se alejó rápidamente.

La calle estaba casi desierta, sin duda debido a la hora. Buscó un lugar donde comprar pan y unas rodajas de salchichón al ajo, se sentó en un banco y reflexionó mientras comía.

Después de todo, puede que el argumento que había empleado con el propietario fuera acertado y que la antigua inquilina, al final, pidiera un cambio de apartamento. Podría recuperarse. Él lo deseaba sinceramente. Pero, en caso de que eso no ocurriera, quizá hubiera hecho testamento. ¿Cuáles serían los derechos del propietario en este caso? ¿No obligarían a Trelkovsky a pagar dos veces el traspaso, una al propietario y otra a la antigua inquilina? Lamentaba no poder consultar a su amigo Scope, el pasante de notario, que desgraciadamente estaba fuera de París ocupándose de una sucesión.

—Lo mejor será ir a ver a la antigua inquilina al hospital.

Terminado su almuerzo, volvió a la casa para informarse. La portera le reveló de mala gana que se trataba de una tal *Mademoiselle Choule*.

—¡Pobre mujer! —dijo Trelkovsky, mientras anotaba el nombre en el dorso de un sobre.

2

La antigua inquilina

Al día siguiente, a la hora de las visitas, Trelkovsky cruzó la puerta del hospital Saint-Antoine. Iba vestido con su único traje oscuro y llevaba en la mano derecha un kilo de naranjas envueltas en papel de periódico.

Los hospitales siempre le habían producido una impresión desagradable. Le parecía que de cada ventana salía un suspiro agónico, y que cada vez que se daba la vuelta aprovechaban para evacuar los cadáveres. Los médicos y las enfermeras le parecían monstruos de insensibilidad, aunque admiraba su abnegación.

En la ventanilla de información preguntó dónde se encontraba la señorita Choule. La empleada consultó sus fichas.

—¿Es usted de la familia?

Trelkovsky vaciló. ¿Le dejarían pasar si respondía que no?

—Soy un amigo.

—Sala 27, cama 18. Pregunte por la enfermera jefe.

Dio las gracias. La sala 27 era inmensa, como el vestíbulo de una estación. Cuatro hileras de camas la dividían en toda su extensión. En torno a las camas blancas iban y venían pequeños grupos, cuyos trajes oscuros producían un curioso contraste. Era la hora de la afluencia de las visitas. Un cuchicheo continuo, semejante al rumor marino de las caracolas, le aturdía. La enfermera jefe, con el mentón

agresivamente proyectado hacia delante, le cogió del brazo.

—¿Qué hace usted aquí?

—¿Es usted la enfermera jefe? Me llamo Trelkovsky. Me alegro de verla, porque la empleada de información me había aconsejado hacerlo. Se trata de la señorita Choule.

—¿La cama 18?

—Eso es lo que me dijo. ¿Podría verla?

La enfermera jefe frunció el ceño. Se llevó un lápiz a los labios y lo chupeteó un buen rato antes de responder.

—No conviene molestarla, ha estado en coma hasta ayer. Vaya, pero sea razonable; no debe hablarle.

No le fue difícil encontrar la cama 18. Una mujer yacía en ella con el rostro cubierto de vendajes y la pierna izquierda elevada por un complicado sistema de poleas. El único ojo que se le veía estaba abierto. Trelkovsky se acercó sin hacer ruido. No sabía si la mujer había advertido su presencia, pues no pestañeó, y no podía ver su expresión porque estaba completamente vendada. Dejó las naranjas en la mesilla y se sentó en un taburete.

La enferma parecía mayor de lo que él había imaginado.

Respiraba con dificultad, con su gran boca abierta como un pozo negro en el paño blanco. Observó con dolor que le faltaba un incisivo superior.

—¿Es usted uno de sus amigos?

Trelkovsky se sobresaltó. No se había dado cuenta de que no estaba solo. Su frente, ya húmeda, se cubrió de sudor. Se sentía como el culpable en peligro de ser denunciado por un testigo inesperado. Toda suerte de alocadas conjeturas se le pasaron por la cabeza. Pero la joven continuó:

—¡Qué historia! ¿Tiene usted idea de por qué hizo eso? Al principio no quería creerlo. ¡Y pensar que la noche anterior la había dejado de tan buen humor! ¿Qué le ha podido ocurrir?

Trelkovsky dio un suspiro de alivio. La chica le había catalogado inmediatamente como miembro de la gran fede-

ración de los amigos de la señorita Choule. No era una pregunta lo que le había hecho, ella simplemente había enunciado una evidencia. La examinó más atentamente.

Era agradable a la vista, porque, aunque no era guapa, resultaba excitante. Era el tipo de chica al que Trelkovsky recurría mentalmente en sus momentos más íntimos. Sobre todo por el cuerpo, un cuerpo que perfectamente podría haber prescindido de cabeza. Era regordete, pero no flácido.

La chica llevaba un suéter verde que hacía resaltar sus pechos, cuyos pezones se remarcaban debido al sujetador, o a su ausencia. Su falda azul marino estaba levantada bastante por encima de sus rodillas, por negligencia, no por cálculo. En cualquier caso, una buena parte de carne se hacía visible sobre la liga. Esa carne lechosa del muslo, sombreada, pero de una luminosidad extraordinaria junto a las regiones oscuras del centro, hipnotizaba a Trelkovsky. Lamentó tener que abandonarla para remontarse hasta el rostro, que era absolutamente vulgar. Pelo castaño, ojos marrones y una gran boca con los labios embadurnados de rojo.

—La verdad es que —comenzó Trelkovsky después de aclararse la voz— no soy exactamente un amigo, ya que la conozco muy poco.

El pudor le impedía confesar que no la conocía en absoluto.

—Pero créame, estoy profundamente apenado por lo que ha ocurrido.

La chica le sonrió.

—Sí, es terrible.

Entonces dirigió su atención sobre la accidentada, que parecía totalmente inconsciente a pesar de su ojo abierto.

—Simone, Simone, ¿me reconoces? —preguntó la chica en voz baja—, es Stella la que está aquí. Tu amiga Stella, ¿me reconoces?